

Apólogo de la ociosidad y el trabajo, de Luis Mexía, glosado y moralizado por Francisco Cervantes de Salazar. Est. y ed. crítica de Consolación Baranda. Universidad, Salamanca, 2012; 200 pp. (Textos recuperados, 29).

La cantidad de páginas, que incluye la bibliografía, hacen suponer una lectura breve y, por el título, amena. No hay que llamarse a engaño: el número de páginas se consiguió reduciendo el tipo al máximo posible, y el título esconde un texto moralizante, alegórico, modo de entretenimiento para su siglo, saturado de erudición, en general forzada y no siempre atinada. El editor corrige errores (confusión entre diversos Diógenes, ubicación correcta de las citas, etc.), pero errores y correcciones, tarea del buen filólogo, no afectan la lectura lineal del apólogo.

Esta fábula del ocio y el trabajo corre por líneas sencillas: la falta de virtudes de uno y las notables del otro. La historia de Ocia y su cohorte (Fraude, Hipocresía y Desidia) se cuenta tres veces: por el editor moderno, el prologuista contemporáneo, Alejo Venegas, y el apólogo mismo. Demasiado. El libro recuerda a cajas chinas, todas iguales, pero de tamaño diferente.

El apólogo no es original de Mexía y, como numerosos, es entre calco y traducción de un texto en latín titulado *Agenoria*, del italiano Pandolfo Collinuccio, que Venegas anuncia sin matices: “Este *Apólogo*, aunque no es compuesto por el autor, no tiene pequeña parte en él Francisco Cervantes, porque además de haberle glosado y declarado le moralizó, que es lo principal que en él se pretende, lo cual no hizo su autor, aunque en la composición del se mostró hombre doctor y prudente” (p. 82). Prescindiendo del estilo, es evidente que considera las glosas más valiosas que el texto.

En este muestreo sucesivo de erudición sin tasa (el editor cuenta algo más de treinta autores entre clásicos y modernos), para alivio de la lectura, distrae y divierte la descripción de los regalos que Labricio manda a Ocia por medio de su paje, algo así como síntesis de todo el apólogo, porque en ellos se concentran las virtudes del trabajo. La explicación de las alegorías, dice la editora en la nota 316 (p. 108), es obra de Mexía, porque no se encuentran en Collenuccio. Los obsequios están en relación directa con el trabajo: un azote, un buey, un asnillo rústico más valioso que el de Apuleyo, según observa el paje, dos barriles de agua destilada, velas blancas, un espejo con la imagen de Labricio, etc., visto lo cual, “a la señora Ocia le pareció *a prima facie* que muy despreciada era su persona y abatido su estado, porque aquel axuar mejor le parecía hato de cabaña que dones para doncella tan delicada y tan gran señora como ella era; y ansí, enojada y con desdeñoso semblante, se vuelve al paje diciendo desta manera...” (p. 110).

El diálogo entre Labricio y Mercurio que cierra el apólogo es entre copia y adaptación de la *Visión deleitable* de Alfonso de la Torre, y la estructura está “directamente inspirada en las técnicas e ideas del erasmismo” (p. 45). A esta combinación hay que añadir las glosas de Cervantes de Salazar, “que por su criterio de selección y disposición afectan profundamente al original”.

Se trata de una edición fina, buen papel, portada sobria, con más de setenta páginas de una introducción bien informada, anotada por partida doble, la de Cervantes y la de Baranda. Sin embargo, la lectura no es fácil, porque la cortan con frecuencia las notas de Cervantes, algo inevitable, supongo, si se trataba de entregar esta edición como la original de 1546. Hay aquí gran cantidad de trabajo, pero, otra vez, es forzoso preguntar cuánto es necesario recuperar para la historia del pensamiento español; quién, por ejemplo, incluso especialista en esos siglos, extrañaría en su biblioteca el texto de Mexía o sacaría de él otro provecho que topar con una curiosidad. No hay advertencia, bastarían diez líneas, sobre qué criterios se aplican para esta colección de obras medievales, renacentistas y del siglo XVIII. Falta, quizá, añadir esa lista en algún lugar de la edición, porque, y no es juego lingüístico, es casi imposible recuperarla, salvo de manera parcial. En página 77 se enlistan los criterios de edición, pero no se advierte que las citas en latín carecen de traducción, por lo que el mensaje es claro: la edición está destinada a especialistas, no a legos curiosos.

MARTHA ELENA VENIER
El Colegio de México

EMILIO RICARDO BÁEZ RIVERA, *Las palabras del silencio de santa Rosa de Lima o la poesía visual del Inefable*. Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt/M., 2012; 196 pp. (*Biblioteca Indiana*, 32).

La figura de santa Rosa de Lima (1586-1617), primera mujer de América elevada a los altares de la Iglesia católica en 1671, se aborda en este libro –fruto de una extensa y sólida tesis doctoral presentada en la Universidad de Sevilla en 2005– en cuatro capítulos, precedidos de unas páginas liminares que estudian al personaje desde los hechos conocidos de su vida, el espacio y el tiempo histórico, el contexto espiritual y las tradiciones culturales que concurren en su personalidad y en su obra, lamentablemente muy exigua, según ha llegado hasta nosotros.

“De Isabel Flores de Oliva a Santa Rosa de Santa María. Consideraciones sobre la Doncella Boricuo-Peruana en el Perú Virreinal”,